

ECUADOR: NO EXISTE EN EL MUNDO DE LOS SABIOS*

Dr. Alfredo Palacio G.

Expongo a su ilustrada consideración una de las cuestiones más importantes de la vida de nuestra nación y de nuestro tiempo: El desarrollo de la ciencia y el organismo creado para impulsarlo.

El Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología presidido por usted ha sesionado una sola vez

durante su mandato constitucional. El lunes 7 de septiembre de 1992 asistí -en mi calidad de miembro del Consejo- a una convocatoria en Quito que devino en una reunión informal presidida por el señor Ministro de Educación. El objetivo de la reunión fue conocer los nombres de algunos candidatos para el cargo de Director Ejecutivo del CONACYT.

* Extracto del documento enviado, el 27 de julio de 1993, por el Dr. Alfredo Palacio al Vicepresidente de la República, Econ. Alberto Dahik, quien ejerce la Presidencia del CONACYT. El Dr. Palacio fue en dos períodos Presidente de la Comunidad Científica Ecuatoriana (COMCIEC) y actualmente es representante ante el organismo que debe dictar las políticas científicas del país.

Se convino en distribuir las hojas de vida de los posibles candidatos y convocar a la sesión del Consejo para la siguiente semana, lunes 14 de septiembre de 1992. Durante esa sesión se designó Director Ejecutivo y se realizó la merecida elección del Ing. Sergio Flores como Vicepresidente del Consejo. Desde entonces el Consejo no se reunió nunca. Desafortunadamente, la falta de formalidad solo es un reflejo de una deficiencia más profunda y sustancial que sufren todas las instancias del país que tienen que ver con nuestro quehacer científico.

En muy poco tiempo se reunirá la asamblea de la Comunidad Científica Ecuatoriana y elegirá a mi sucesor, como representante de la COMCIEC en el CONACYT por los siguientes dos años. Permítame señor Presidente que con todo respeto lleve a su consideración algunas reflexiones finales acerca de este problema.

Nadie duda que el bienestar social y económico del mundo actual se halla íntimamente relacionado al dominio del conocimiento, al avance de las ciencias y a sus aplicaciones tecnológicas. No existe discurso político que pase

por alto la declaración justa -que deviene en lugar común- del apoyo irrestricto a la investigación científica. La praxis, sin embargo, parece dominada por la idea de la necesidad de esperar que llegue el florecimiento económico capaz de producir el "consecuente" surgimiento científico y cultural. Este fenómeno histórico que se dio en gran medida en las naciones avanzadas, sin embargo no se dará en los países pobres del mundo actual tan lleno de vertiginosas transformaciones provocadas principalmente por los descubrimientos científicos.

Debemos adquirir los perfeccionamientos tecnológicos de las grandes naciones pero no esperemos que -pasivamente- esto produzca un desarrollo científico análogo.

El desarrollo industrial depende directamente del conocimiento científico y los países que acumulan riquezas y conocimiento también acumulan poder político sobre otras naciones. En la misma medida, la falta de investigación científica y de recursos tecnológicos es un invencible factor para el inverosímil atraso y dependencia de los países subdesarrollados. El sometimiento resignado a esta

situación provoca la injusta distribución de las riquezas que rompen al planeta, que la ciencia no sea universal y -lo que es más grave- que el reparto mundial de la inteligencia sea cada vez más desequilibrado porque la capacitación y la formación de científicos parece ser privilegio indiscutido de las naciones avanzadas.

La UNESCO recomienda una asignación mínima del 1% del PIB de los países para la investigación científica. Nuestro país asigna menos del 0,2%, mientras las grandes naciones se acercan al 4%. Por eso Japón tiene 14 investigadores de alto nivel por 1000 habitantes y el área andina tiene apenas 2 investigadores por 1000 habitantes. El Ecuador no se acerca ni a la tercera parte de esa cifra regional y apenas la décima parte de ellos tiene algún tipo de maestría.

En todo el planeta existe en la actualidad cuatro millones de plazas de postgrado y capacitación post profesional. El 65% corresponde a los 10 países occidentales más adelantados. El 30% se distribuye en diversos países de lo que queda del bloque socialista y apenas un 5% debe ser repartido en los 120 países del tercer mundo dentro

del cual Ecuador tiene una minúscula expresión. Pero todavía: nuestros postgrados no son de alto nivel y sus graduados son subutilizados por las fuerzas productivas de la nación, mientras Estados Unidos emplea el 71,2% de sus graduados de alto nivel en el sector productivo y Argentina un país de buen nivel en el tercer mundo destina el 18% de sus graduados a fomentar la producción y el resto a actividades docentes y generales. En Ecuador apenas el 12% de nuestros jóvenes tiene acceso a una educación universitaria.

Casi el 90% de las publicaciones científicas se producen en las grandes naciones en un idioma inaccesible para nuestros profesores universitarios. Las publicaciones del tercer mundo bordean el 5%, América Latina 1% y lo increíble es que el 92% de ese 1% corresponde sólo a 5 países: Brasil 30,1%, Argentina 23,1%, Chile 16,7%, México 14,6%, Venezuela 7,3%. El 8% restante se reparte en los otros países latinoamericanos incluido nuestro Ecuador que se expresa en decimales, lo que quiere decir que no existe en el mundo de los sabios.

El resultado es lógico. Riqueza y renovada fe para los países avanzados; miseria y desesperanza para los países pobres.

El 75% de la población mundial vive en el subdesarrollo pero consume menos del 20% de la producción farmacéutica, problema que no se solucionará -solamente- con la indispensable implementación de productos genéricos. Las soluciones definitivas requieren un esfuerzo mayor de apoyo a las ciencias.

Nuestra indiferencia por la investigación científica y su consecuente condena a la dependencia tiene signos e indicadores tan claros que no se pueden escapar a una ilustrada y lúcida inteligencia como la suya. Sin embargo, permítame exponerle un pequeño ejemplo: En nuestra región desaparecen cuatro diferentes especies biológicas por hora. Algunas naciones las recolectan, reproducen, replican genéticamente y almacenan. Ellas saben que un día tendremos que comprarlas a cualquier precio.

El intenso proceso de descerebración ejercido sobre nuestra población tiene una fuerte influencia endógena. Existe una burocracia que clama por la "tecnología adecuada que el país necesita". Tecnología adecuada afirmó Rajid Gandhi, es tecnología de segunda clase que sirve para man-

tenernos deliberadamente atrasados jugando a alcanzar a los que van a la cabeza. Esta burocracia siempre ha cerrado el paso a los científicos que aspiran a realizar investigaciones serias y profundas en un ambiente de libertad intelectual.

Durante los dos períodos en que ejercí la representación de la Comunidad Científica Ecuatoriana ante el CONACYT, utilicé todos mis esfuerzos para que este organismo cumpla con su destino y con la ley. El CONACYT tiene el deber de dictar las políticas científicas de la nación a través de sus organismos debidamente representados por los mejores científicos nacionales. Un sector de la burocracia usurpó las funciones de estos científicos y hasta se adueñó del nombre. El CONACYT pasó a ser simplemente la Dirección Ejecutiva y evita -deliberadamente- convocar a los organismos sectoriales y operativos del sistema nacional de ciencias. La lucha fue ardua, extenuante e improductiva durante todo el gobierno anterior. Usted, fue una esperanza para los olvidados de la patria -los investigadores científicos- y aún para el sector de la burocracia consciente de su rol de apoyo -y no protagónico- de las actividades científicas.

La reforma universitaria es un imperativo, pero solo será factible dentro de cambios más profundos que trasciendan los muros del campus universitario.

La ciencia, señor Presidente, tiene sus enemigos -no lo dude-. Existe una especie de totalitarismo decidido a amordazar todo lo que signifique nuevas formas de pensar, de hacer, de mirar y aprender la realidad, de encontrar los caminos intelectuales, lógicos hacia la modernidad de las naciones.

He entendido, Señor Presidente, su insuficiencia presencia

en el sector científico como un problema impuesto por las ilimitadas ocupaciones políticas propias de su alta magistratura. Pero permítame recordarle que el funcionamiento de los 70 científicos que conforman las comisiones sectoriales del CONACYT, el incremento de la inversión presupuestaria en investigación y su infraestructura, el aprovechamiento de líneas de crédito blando que nuestra inoperante -y a veces maquiavélica- burocracia desperdicia, puede darle a usted Señor Presidente un inesperado equipo con el cual puede hacer una gran nación.

Esta edición que consta de 600 ejemplares en papel bond se terminó de imprimir el 28 de octubre de 1993, siendo Rector de la Universidad Central del Ecuador el señor doctor Thabo Luján C. y Rector de la Editorial Universitaria el señor César Viteri H.